

# REENCUENTRO CON PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

M.<sup>a</sup> TERESA BARBADILLO DE LA FUENTE  
Universidad Complutense

## RESUMEN

Evocación del dominicano Pedro Henríquez Ureña, por su labor dentro del campo de la filología española y de su didáctica. Junto con los hechos más sobresalientes de su biografía, se recuerda la contribución de su obra a la historia de la cultura hispánica, muy especialmente por sus trabajos sobre la versificación irregular, el español de América y la literatura española e hispanoamericana. Considerando su ejemplar dedicación a tareas académicas e investigadoras, se rescatan sus ideas más importantes acerca del aprendizaje de la lengua y la enseñanza de la literatura.

## PALABRAS CLAVE

Filología española, Aprendizaje de la lengua, Enseñanza de la literatura, Hispanoamérica, Biografía, Formación del profesorado.

## RÉSUMÉ

Evocation de l'illustre philologue Dominicain Pedro Henríquez Ureña. Synthèse biographique et de son contribution à l'histoire de la culture hispanique, particulièrement en ce qui concerne la versification irrégulière, la langue espagnole en Amérique et la littérature espagnole et hispano-américaine. Quant à l'apprentissage de la langue et l'enseignement de la littérature, on peut trouver ses plus importantes considérations.

## MOTS-CLÉ

Philologie espagnole, Apprentissage de la langue, Enseignement de la littérature, Hispano-Amérique, Biographie, Formation du professorat.

## ABSTRACT

Pedro Henríquez Ureña's short biography and the contribution he made to the Hispanic Culture and Philologie, particularly his researchs concerning Irregular versification, Spanish Language in Latin America and Spanish and Spanish American Literature. Because of his experience as a teacher you can also find some interesting remarks with regard to Language Learning and Literature Teaching.

## KEY WORDS

Hispanic philologie, Language learning, Literature teaching, Latin America, Biography, Teachers training.

CAUCE 14-15 (1992) 585-598

585

Entre los autores que recordaba de mis años de facultad, la figura del dominicano Pedro Henríquez Ureña había suscitado en mí en varias ocasiones el deseo de conocer más de él y de su obra. Pero, como sucede a menudo en la vida, había sido una tarea aplazada para más adelante. Cuando la revista *Cauce*<sup>1</sup> me brindó la oportunidad de colaborar en este número, que -con ocasión del año 1992- ha querido acoger, preferentemente, trabajos sobre Hispanoamérica, pensé que había llegado el momento de Henríquez Ureña y me dispuse a redactar este artículo dedicado a él.

Diferentes evocaciones y estudios suscitados por la memoria y la obra de Pedro Henríquez Ureña me han permitido conocer mejor los sesenta años de una vida fecunda como fue la suya. Con la lectura de estas publicaciones y, más aún, con la de los trabajos del escritor dominicano, he podido apreciar su personalidad y su obra, a pesar de que nos falte su presencia. Porque, aunque su obra permanece, echamos de menos al ser humano que la realizó, tal como expone el argentino Jorge Luis Borges a propósito del propio Henríquez Ureña: “Ideas que están muertas en el papel fueron estimulantes y vívidas para quienes las escucharon y conservaron, porque, detrás de ellas y en torno a ellas, había un hombre. Aquel hombre y su realidad las bañaban. Una entonación, un gesto, una cara, les daban la virtud que hoy hemos perdido”<sup>2</sup>.

He procurado recoger en estas páginas no meras “cosas de cartapacio”, sino lo que de Henríquez Ureña considero más a propósito para quienes se interesan por la filología española y su didáctica. Todo va en olvido con el transcurrir del tiempo, pero el recuerdo de algunas manifestaciones de la personalidad de Pedro Henríquez Ureña puede ser una buena incitación para nuestra tarea docente. El esfuerzo consciente con que el gran maestro dominicano se aplicó al ejercicio de las letras demuestra que “cuando se ha alcanzado la expresión firme de una intuición artística, va en ella, no sólo el sentido universal, sino la esencia del espíritu que la poseyó y el sabor de la tierra de que se ha nutrido”<sup>3</sup>.

#### SÍNTESIS BIOGRÁFICA

Pedro Henríquez Ureña nació en 1884 en la isla de Santo Domingo. Tanto su padre como su madre tuvieron inquietudes intelectuales y políticas, lo que les hizo participar de manera activa en la vida del país. Su madre -a la que perdió tempranamente- escribió versos y se dedicó a la enseñanza. El padre, abogado y médico, desempeñó varias veces representaciones diplomáticas e incluso llegó a presidente de la república.

---

1. Pedro Henríquez Ureña, *Obras completas*, IV, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1978, p. 363, considera precisamente a Sevilla “reina de las ciudades españolas”.

2. Del prólogo a la edición del volumen *Obra crítica*, de Pedro Henríquez Ureña, México-Buenos Aires, FCE, 1960, p. VII.

3. Pedro Henríquez Ureña, *Obras completas*, VI, 1979, “El contento y la promesa”, p. 25.

Muy joven (1900) Henríquez Ureña se trasladó a Norteamérica para estudiar en la Universidad de Columbia, en la ciudad de Nueva York. Pero poco después, debido a que la familia no podía seguir pagando sus estudios, se puso a trabajar en el comercio. Durante esos años, sobre todo en la primera parte de los mismos, Henríquez Ureña disfrutó de las oportunidades de la gran ciudad norteamericana y acudía con frecuencia al Metropolitan Museum y a los distintos espectáculos teatrales y musicales de Nueva York.

Entre 1904 y 1906 vive en Cuba con su padre y su hermano Max. En ese tiempo escribe interesantes prosas periodísticas, las cuales suponen su incorporación al mundo de las letras. A propósito de estos ensayos, el uruguayo José Enrique Rodó le elogió así en una carta, fechada en 1906: "*Me encanta esa rara y felicísima unión del entusiasmo y la moderación reflexiva que se da en usted como en pocos*"<sup>4</sup>.

De Cuba Henríquez Ureña pasó a México, en donde residió hasta 1914, aunque estuvo ausente de este país centroamericano cuando volvió a Cuba -donde vivía su padre- a fin de reponer su salud y cursar la carrera de Derecho. Durante el tiempo que vive en México colabora a menudo en la prensa<sup>5</sup>, acude a reuniones de intelectuales y escritores, y de manera creciente se va dedicando a tareas académicas e investigadoras. Así en la Universidad de México (1912-1914) ocupó un importante cargo en la Secretaría y más tarde enseñó lengua y literatura: en la Escuela Superior de Comercio y Administración, en la Escuela Preparatoria y en la de Altos Estudios.

Regresa a Estados Unidos como corresponsal periodístico en Washington y se traslada luego a la Universidad de Minnesota, en Minneápolis, donde había conseguido un puesto docente (1916)<sup>6</sup>. Al cabo de un año, obtiene la licenciatura en letras y poco después el doctorado (1918), con un trabajo acerca de la versificación irregular en lengua castellana. Esta experiencia en Norteamérica resultó fructífera para el intelectual dominicano, a pesar de que confesaba en carta a su amigo Alfonso Reyes: "*Minnesota me fatiga: mucho frío, mucha lejanía; poco interés por cosas serias entre la gente joven*"<sup>7</sup>. Enseñó, además, durante ese período en cursos de verano de las universidades de Chicago y Los

4. Apud Juan Jacobo de Lara, *Pedro Henríquez Ureña: Su vida y su obra*, Santo Domingo, Universidad Nacional P. Henríquez Ureña, 1975, p. 28.

5. Dice en sus *Memorias*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1989, p. 129: "Escribía lo que me señalaran, ir a buscar noticias a los ministerios, hacer reseñas de las Cámaras, escribir trabajos de actualidad, hacer crónicas de teatro".

6. Propuesto como Professorial Lecturer in the Department of Romance Languages fue más tarde Instructor y Assistant Professor. Cfr. Alfredo A. Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos*, México, Cultura, 1961, pp. XLI-XLII y XLV.

7. Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, *Epistolario íntimo*, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, III, 1983, p. 69. Muy distinta fue su opinión cuando estuvo en Harvard, de cuyos estudiantes diría: "Todos ellos están magníficamente preparados, leen intensa y variadamente y van superando ese pecado de especialización que limitaba la educación yanqui" (Apud Alfredo A. Roggiano, *Ob. cit.*, p. LXXXV).

Angeles. De ese gran país admiró Henríquez Ureña su capacidad organizativa y su progreso material y científico.

En el verano de 1917 vino a Madrid <sup>8</sup>, donde coincidió con su fraternal amigo Alfonso Reyes. Dos años más tarde regresaría de nuevo a España para unos meses tan sólo. Marchó posteriormente a Norteamérica (1919-1920) y a México (1921). En este último país contrajo matrimonio en 1923, pero al poco tiempo resolvió dirigirse a la Argentina a raíz de perder -como consecuencia de los cambios políticos <sup>9</sup>- el puesto de Director General de Enseñanza Pública en el estado de Puebla.

Llega a Argentina en 1924 y en este país vivirá su plenitud intelectual hasta que le sobrevino la muerte, en 1946. Entre 1931 y 1933 regresó a su patria para hacerse cargo de la Superintendencia de Educación. Durante esos dos años escasos en Santo Domingo impulsó la facultad de Letras de la Universidad dominicana y dirigió la *Revista de Educación*, entre otras actividades. Sin embargo, a pesar de su ilusión inicial, abandonó la isla sensiblemente decepcionado. Se ausentó también de la nación argentina para ocupar la cátedra “Ch. E. Norton”(en memoria del humanista y estudioso de Dante de dicho nombre) en la Universidad de Harvard durante el curso 1940-41, lo cual representó una gran distinción académica, y más aún cuando se otorgaba por primera vez a un hispanoamericano. Mientras duró su estancia en tan prestigiosa universidad, Henríquez Ureña pronunció varias conferencias en centros universitarios del Este de los Estados Unidos.

En Argentina, Henríquez Ureña y su familia <sup>10</sup> residieron la mayor parte del tiempo en Buenos Aires. Pero, debido al cansancio que le suponía a don Pedro tener que viajar a diario a La Plata para atender sus obligaciones docentes en el Colegio Nacional y, posteriormente, en la Facultad de Humanidades también de la Universidad de La Plata, los Henríquez Ureña se trasladaron a vivir a “*la ciudad de los tilos*”, al sur de la capital argentina, y allí permanecieron durante casi seis años.

La esposa de Henríquez Ureña no se adaptó plenamente a vivir fuera de su México natal y su inestabilidad nerviosa, unida a las dificultades materiales por las que atravesaron, hicieron más difícil que su marido trabajara cuanto hubiera sido posible en circunstancias más favorables. Pese a todo, además de las clases y de las conferencias, Henríquez Ureña desarrolló una importante labor en el

---

8. En su obra *En la orilla, mi España* (1922), reconoce: “Mi primera visita a España la hice con prejuicios. la historia del dominio español en América no se ha limpiado aún de toda pasión”. (*Obra crítica*, México-Buenos Aires, 1960, p. 187).

9. Cfr. Pedro Henríquez Ureña, *Obras completas*, VI, p. 396, en carta al mejicano Daniel Cosío Villegas; “Yo decidí salir de México en 1922, y lo realicé en 1924, porque comprendí que aquel país es demasiado intranquilo para el reposo a que ya tiene derecho un hombre que entra en la madurez”.

10. Tuvo dos hijas, nacidas en México y Argentina, respectivamente. Las *Canciones para Natacha*, de la poetisa uruguaya Juana de Ibarbourou, fueron inspiradas por la mayor de ellas.

Instituto de Filología de Buenos Aires bajo la dirección del gran filólogo navarro Amado Alonso.

En 1943 algunos amigos percibieron en Pedro Henríquez Ureña desencanto y fatiga <sup>11</sup>, si bien no podían imaginar que estuviera tan próximo el final de la existencia de aquel antillano de ojos y cabellos negros. Luis Alberto Sánchez -a quien confió que el corazón le daba de vez en cuando avisos de malestar- cuenta que, la última vez que lo encontró, “*estaba enflaquecido y pálido. Trabajaba como galeote. (...) Todo lo suyo fue a corre-vuela, siendo él, sin duda, hombre de sosiego, de ahondamiento, de comprobaciones reiteradas*” <sup>12</sup>. Durante los últimos años trabajó, en efecto, con exceso -por los imperativos de la vida- y, quizás, tal sobreesfuerzo pudo precipitar su muerte.

Como es conocido, Henríquez Ureña falleció a causa de una hemorragia cerebral, al poco de subir al tren que estuvo a punto de perder, pues había llegado apresuradamente a la estación. Murió, por tanto, en el tren que tomaba habitualmente desde Buenos Aires a La Plata, y en el que dormitaba, corregía pruebas de imprenta o tareas de sus alumnos.

#### LA PERSONALIDAD DE HENRÍQUEZ UREÑA

Los testimonios de familiares, compañeros y discípulos coinciden en destacar la poderosa individualidad de Henríquez Ureña. Dicha impresión se refuerza gracias a la correspondencia y a las obras que él mismo nos ha dejado.

En sus *Memorias* Pedro Henríquez Ureña nos describe algunas de sus primeras inquietudes: “*Además de mi interés infantil por los números, la zoología y la geografía (...) tuve [la afición] de la lectura; al principio la de cuentos de hadas, y brujas, y romances, de los cuales llegué a conocer un gran número, tanto en libritos como de boca de las gentes; más tarde narraciones novelescas de diversos órdenes, aunque nunca gusté de leer novelas extensas (...) Mis aficiones literarias, y las de mi hermano Max, que iban siempre paralelas con las mías, comenzaron realmente por la influencia de los espectáculos teatrales*” <sup>13</sup>. Estas inclinaciones se vieron indudablemente favorecidas por el ambiente de su casa, a la que acudían distintas personalidades intelectuales de la sociedad de Santo Domingo <sup>14</sup>.

Una carta del propio don Pedro, escrita a los dieciocho años, le refleja como persona que adoptó una actitud positiva ante la existencia: “*Yo, pesimista de*

11. En la carta a Alfonso Reyes le cuenta: “Ahora empiezo el trabajo máximo: 27 horas de clases por semana. Tengo, además, el Instituto de Filología (...) ¿Te conté que enseñé Filología castellana en La Plata? Y se me ha agregado Literatura española medieval en el Instituto del Profesorado, junto con la literatura septentrional (texto inglés) y la hispanoamericana” (*Epistolario íntimo*, III, p. 394).

12. “Notas sobre Pedro Henríquez Ureña”, *Revista Iberoamericana*, XXI, 1956, pp. 160-161.

13. Pedro Henríquez Ureña, *Memorias. Diario*, pp. 39-40.

14. Pedro Henríquez Ureña, *Ibidem*, p. 44.

*corazón pero jamás de práctica, tomo de la vida lo mejor*"<sup>15</sup>. Y, en efecto, procuró llevar a cabo tan excelente programa, si bien -como es normal en la vida de los seres humanos- más de una vez le resultó difícil poner en práctica esa loable intención suya. Doña Salomé Ureña, su madre, había augurado en una composición cómo su hijo *"entre el ruido del mundo irá sereno, / que lleva de virtud germen oculto"*<sup>16</sup>.

Su buen amigo, el mejicano Alfonso Reyes, en la evocación que le dedicó a raíz de su muerte y que precede a una edición de los *Ensayos en busca de nuestra expresión*, le describe como *"hombre recto y bueno como pocos, (...) cerebro arquitecturado más que ninguno entre nosotros; y corazón cabal (...). No se ha dado educador más legítimo. Así como su habla era con frecuencia lenta y grave (salvo curiosísimos atropellamientos en que llegaba, al discutir, a los gritos, para dar más punta a sus afirmaciones), el gesto era siempre claro y sereno. (...) Estaba dotado de una laboriosidad que le era naturaleza"*<sup>17</sup>. De modo que, entre otras cualidades, Pedro Henríquez Ureña poseyó inteligencia, rectitud, efusión didáctica, viva inquietud mental y manifestación reposada. Sabemos, además, que fue sencillo y bondadoso, pero de aguda actitud crítica también.

Mariano Lebrón, por su parte, destaca cómo poseyó la *"virtud de sembrar fe y deseo de superación"*<sup>18</sup>; y cuantos le conocieron recuerdan, asimismo, su cortesía y su nobleza. Fue, pues, el humanista que supo generosamente enseñar y estimular a amigos y alumnos.

#### SU INTERÉS POR EL FUTURO DE AMÉRICA

Pedro Henríquez Ureña fue un entusiasta americanista, al que puede considerarse en cierto modo continuador de la obra de Rodó. En el ensayo titulado *"Patria de la justicia"* (1924) aseguraba que *"no es ilusión la utopía, sino el creer que los ideales se realizan sobre la tierra sin esfuerzo y sin sacrificio. Hay que trabajar. Nuestro ideal no será la obra de uno o dos o tres hombres de genio, sino de la cooperación sostenida, llena de fe, de muchos, innumerables hombres modestos"*<sup>19</sup>.

El humanista nacido en Santo Domingo pero americano en sentido amplio, por convencimiento y por razón de sus cambios de residencia, se sentía *"orgulloso de la familia histórica y cultural a la cual pertenecía"*<sup>20</sup>.

15. Apud, J. J. de Lara, *Ob. cit.*, p. 25.

16. *Homenaje a Pedro Henríquez Ureña*, Ciudad Trujillo, Universidad de Santo Domingo, 1947, p. 18.

17. Buenos Aires, Raigal, 1952, pp. 7-10.

18. En el Prólogo al libro citado de Juan Jacobo de Lara, p. 12.

19. *Ensayos en busca de nuestra expresión*, pp. 31-32.

20. Enrique Zuleta Alvarez, Introducción al volumen *Memorias. Diario*, de Pedro Henríquez Ureña, p. 17.

Consecuentemente defendió la comunidad de intereses de los países de la América Central y del Sur, sin desestimar la riqueza que suponen pueblos tan diferentes. Por ese motivo creyó firmemente que había que alentar a los que buscan la cultura, para conservarla y acrecentarla; y que era importante que los americanos alcanzasen identidad propia sin renunciar a su vinculación indígena ni a su relación con Europa y muy especialmente con España.

Con su ponderada inteligencia y su integridad ética, Pedro Henríquez Ureña trabajó siempre por el bien de la comunidad de la América hispana, por el panamericanismo, apoyando un mejor entendimiento entre los distintos países americanos y de éstos con los Estados Unidos. Con la confianza de que “*cualquier esfuerzo de labor sincera y entusiasta halla acogida*”<sup>21</sup> en los espíritus que pueden sumarse a una noble tarea.

#### SU OBRA

Algunos de los que conocieron personalmente a don Pedro, como por ejemplo Enrique Anderson Imbert, estimaron incluso más sus conversaciones<sup>22</sup> que sus publicaciones. En todo imprimía el sello de su sugestiva personalidad y revelaba su honda inquietud humana. Podríamos decir que en el intelectual dominicano se cumplió, a través de sus comunicaciones orales y de su trato social, aquella sentencia del cordobés Hernán Pérez de Oliva, que llegó a rector de la universidad salmantina a principios del siglo XVI: “*La inteligencia, aguzada por la vida social, nos lleva a hallar nuestra perfección*”<sup>23</sup>.

La obra publicada de Pedro Henríquez Ureña incluye libros, artículos, conferencias, traducciones, ediciones, reseñas y prólogos. Como creación literaria tiene poesías de estilo modernista compuestas en sus años jóvenes; más adelante, escribió varios cuentos, como *Los cuentos de la nana Lupe*. Redactó colaboraciones periodísticas sobre muy variados asuntos, ensayos de diferente extensión e investigaciones sobre filología o sobre historia de la cultura. Y con frecuencia aprovechó conferencias o trabajos de otra índole para reelaborarlos profundizando en algún aspecto, o bien aligerándolos para que aparecieran en la prensa escrita.

Dentro del área filológica, no podemos olvidar trabajos suyos como el iniciado en Minnesota acerca de *La versificación irregular en la poesía castellana* (1933), que posteriormente tuvo una segunda versión en 1961; así como otros en los que se ocupó de temas más propiamente lingüísticos, como *Sobre el problema del andalucismo dialectal de América*, que -aunque había

21. Pedro Henríquez Ureña, *Obras Completas*, I, 1976, p. 318.

22. Cfr. M.<sup>a</sup> Rosa Lida, la cual evocó “la exquisita calidad de su conversación, siempre juvenilmente ávida y magistralmente sugestiva, que le convertía en el interlocutor ideal”, *RFH*, 1946, VIII.

23. Pedro Henríquez Ureña, *Obras completas*, II, 1977, p. 122.

aparecido anteriormente- vio la luz más tarde (1932) como Anejo I de las publicaciones del Instituto de Filología bonaerense. Igualmente cabe citar sus amenas y valiosas investigaciones acerca de “*El español en la zona del Mar Caribe*”, “*El español de México y sus vecindades*” (1937), y los estudios sobre palabras como *papa* y *batata*; o sobre la desaparición del pronombre *ello* en la lengua hablada. De sumo interés es el libro que dedicó a *El español de Santo Domingo* (1940), que caracteriza con un marcado arcaísmo castellano en el vocabulario y la sintaxis, pero fonéticamente cercano al andaluz. En lo que se refiere a la conocida *Gramática castellana* que compuso con Amado Alonso (1938 y 1939), es un texto claro, bien organizado y con una excelente selección de fragmentos literarios, como corresponde a su destino escolar y a la competencia de sus autores. Once años antes había publicado, en colaboración con Narciso Binayán, *El libro del idioma*, también para las escuelas argentinas.

Henríquez Ureña dedicó estudios, de más o menos profundidad, a figuras de la literatura en lengua española como el Arcipreste de Hita, Pérez de Oliva, Rioja, Lope de Vega, Sor Juana Inés de la Cruz, Gabriel y Galán, Rubén Darío y Azorín. El volumen *Plenitud de España. Estudios de historia de la cultura* recoge una selección de trabajos sobre temas de nuestra patria. Y, para utilizarlas en sus propias clases, preparó unas útiles *Tablas cronológicas de la Literatura española*, que tuvieron una segunda edición ampliada en 1920.

Cuando surgió en Buenos Aires la editorial Losada -reaparecida no hace mucho tras su desaparición-, participó en ella como director de algunos proyectos, así la colección “Las cien obras maestras de la literatura y del pensamiento universal”, para la que redactó breves introducciones a los textos que se publicaron.

Las conferencias que dictó en el Fogg Museum of Art de Boston durante el curso en que fue distinguido con la cátedra Norton, se editaron con el título de *Literary Currents in Hispanic America* (1945; en español, en el FCE, 1949).

A pesar de todos sus trabajos, de los cuales hemos procurado recordar los más significativos, Henríquez Ureña dejó escrita esta confesión que apareció treinta años después de su muerte en el periódico “La Nación” de Buenos Aires: “*Miro siempre hacia atrás para darme cuenta, o para dar cuenta, de mis trabajos, porque pocas veces he escrito lo que hubiera querido escribir. (...) Una que otra vez he escrito cuentos. Es lo que preferiría haber escrito. Y novelas. Y dramas. Y ensayos. Pero no he hallado tiempo para avanzar en ninguna de las novelas ni en ninguno de los dramas que he comenzado. La experiencia me ha demostrado que, tanto para la obra de imaginación como para la de pensamiento libre, es indispensable el descanso ocioso. Y yo he trabajado siempre en la tarea más desgastadora de la fuerza mental y más enemiga del libre juego de la imaginación y del pensamiento: la enseñanza*”<sup>24</sup>.

24. Apud Fernando Rosemberg, “Pedro Henríquez Ureña, cuentista”, en *El libro jubilar de Pedro Henríquez Ureña*, I, Santo Domingo, Universidad Nacional P. Henríquez Ureña, 1984, p. 381.



## SOBRE SU ESTILO

En lo que se refiere a su manera de escribir, a su estilo expresivo, recordemos que en todo momento buscó Pedro Henríquez Ureña la perfección<sup>25</sup>, aunque cabría puntualizar que la cultivó, de manera especial quizá, en el ensayo. Pero toda su obra es ejemplo de lo que puede alcanzarse empleando con esmero nuestra común lengua española: “*Su expresión [era] dominio de pensamiento, riqueza de vocabulario, concisión, mesura, alta claridad, densidad lograda en incansable lucha con el lastre retórico, con las frases hechas*”<sup>26</sup>. Su hermano Max manifestó la evolución experimentada por su prosa: “*Su estilo, florido y rico en imágenes durante la juventud, alcanzó (...) más sencilla y armónica elegancia, a la vez que gran mesura y precisión*”<sup>27</sup>.

Aníbal Sánchez Reulet asegura que Henríquez Ureña “*sólo confiaba en la inteligencia y en el esfuerzo sostenido por expresar, en formas claras y comunicables, la secreta riqueza de la imaginación y la sensibilidad espontáneas. La originalidad, en todo caso, era el fruto de una larga disciplina*”<sup>28</sup>. Y, como consecuencia de ella, su saber lingüístico se manifiesta en un “*idioma rico y sin embargo sencillo, aristocrático y no obstante lleno de amor por lo popular, delicado y a la vez de neta precisión*”<sup>29</sup>.

En carta de 1907 a su querido hermano Max explica Pedro Henríquez Ureña: “*siempre he escrito suficientemente despacio para trabajar tanto la forma como la idea. Ya te he dicho que mi procedimiento consiste en pensar cada frase al escribirla, y escribirla lentamente; poco es lo que corrijo después de escrito ya un artículo*”<sup>30</sup>. Al cabo de unos años ya no pudo disponer de ese sosiego, tan acorde con su temperamento. Así, en su correspondencia, encontramos varias citas en las que confiesa sentirse urgido por distintos compromisos; otras veces, le duele tener que ir renunciando a antiguas actividades a pesar de lo que no le alcanza el tiempo para hacer cuanto se había propuesto. Y su queja llega hasta el extremo de lamentarse, poco antes de morir, de no haber trabajado bastante.

25. En la conferencia pronunciada en Buenos Aires en 1926, “El descontento y la promesa: En busca de nuestra expresión”, aseguraba: “Mi hilo conductor ha sido el pensar que no hay secreto de la expresión sino uno: trabajarla hondamente, esforzarse en hacerla pura, dejando hasta la raíz de las cosas qué queremos decir; afinar, definir, con ansia de perfección. El ansia de perfección es la única norma” (*Ensayos en busca de nuestra expresión*, 1952, p. 49).

26. Emilio Carilla, *Pedro Henríquez Ureña (Tres estudios)*, Universidad Nacional de Tucumán, 1956, p. 39.

27. Max Henríquez Ureña, “Hermano y maestro (Recuerdos de infancia y juventud)”, *Revista Iberoamericana*, XXI, 1956, p. 46.

28. “Pensamiento y mensaje en Pedro Henríquez Ureña”, *Revista Iberoamericana*, XXI, 1956, p. 65.

29. Ernesto Sabato, “Significado de Pedro Henríquez Ureña”, *Aula*, n.º 12-13, 1975, p. 20.

30. Pedro Henríquez Ureña, *Obras Completas*, I, p. 353.

## DEL APRENDIZAJE DE LA LENGUA ESPAÑOLA

El buen uso del idioma ha de aprenderse, en opinión de Henríquez Ureña, “sobre todo, prestando atención al habla de las personas cultas y leyendo buenos libros”<sup>31</sup>. Esta actitud suya no excluía que se utilizaran términos y expresiones que estaban vivas en el uso de la lengua y que, por esa razón, podían emplearse sin reparo, al menos en determinadas situaciones. Por otra parte, para perfeccionar la capacidad lingüística de cada uno, no podemos olvidar que “el buen lenguaje se realiza en el hombre consciente de su expresión, al hablar o al escribir, pero como equilibrio inestable, como actividad sujeta a variaciones”<sup>32</sup>.

En cuanto a la idea de enlazar aprendizaje lingüístico y conocimiento de la literatura, don Pedro defendía el siguiente criterio didáctico: “Concedemos, pues, toda su importancia a la lectura literaria y al trabajo personal de composición, vale decir, a la práctica del lenguaje culto, procurando que con ella penetre la regla viva del buen uso y reduciendo a breves proporciones la teoría gramatical”<sup>33</sup>. Entre las orientaciones que prologan su *Gramática castellana*, Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña, no dejaron de señalar que cada semana pueden hacerse en clase recitaciones y comentarios de poesías, lecturas y explicaciones de textos.

En su condición de profesor, Henríquez Ureña se preocupó siempre de que cada persona consiguiera expresarse convenientemente y, por esta razón, defendía que “a todos hay que enseñarles precisión” en las redacciones escolares<sup>34</sup>. Y para favorecer la propiedad en el uso de la lengua, los profesores tienen que cuidar de continuo su expresión lingüística, puesto que con su ejemplo facilitan el aprendizaje de los alumnos. Creía el escritor dominicano que “el único modo de dominar el estilo es estudiar muchos y diversos estilos ajenos”<sup>35</sup>, lo cual ha de llevarse a la práctica mediante la lectura comentada de producciones literarias selectas. Y para que un estudiante pueda realizar esta tarea, el profesor tiene que ayudarle con explicaciones y con orientaciones<sup>36</sup>. No se trata de que los estudiantes lleguen a ser escritores, pero Henríquez Ureña era partidario de que los alumnos se ejercitaran en redactar imitaciones de diferentes estilos, tal como aconsejó al escritor mejicano Julio Torri<sup>37</sup>.

31. Pedro Henríquez Ureña, “Aspectos de la enseñanza literaria en la Escuela Común”, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1967, p. 155.

32. Pedro Henríquez Ureña, *Obras completas*, VI, “El lenguaje”, p. 121.

33. *Ibidem*, p. 159.

34. *Ibidem*, p. 162.

35. Pedro Henríquez Ureña, *La enseñanza de la literatura*, México, Universidad Popular Mexicana, 1913, p. 9.

36. El cubano José Rodríguez Feo, quien conoció a don Pedro en Harvard, recuerda cómo le hizo comprender que “la lectura es un arte que requiere paciencia y dedicación” (del prólogo a su selección de *Ensayos* de Henríquez Ureña, La Habana, Casa de Las Américas, 1973, p. X).

37. Cfr. Serge I. Zaïtzeff, *El arte de Julio Torri*, México, Oasis, 1983, p. 127.

Cuando se ocupó de la lengua española de América en sus investigaciones filológicas, Henríquez Ureña puso de manifiesto la inexactitud de ciertas afirmaciones de carácter general. En verdad resultan inadecuadas, si consideramos la diversidad lingüística de los países que se expresan en español en el continente americano. Debido al aprecio que sentía por las peculiaridades del español en esas tierras, defendía que *“el idioma compartido no nos obliga a perdernos en la masa de un coro cuya dirección no está en nuestras manos: sólo nos obliga a acendrar nuestra nota expresiva, a buscar el acento inconfundible”*<sup>38</sup>. Uno de sus anhelos fue, precisamente, que cada uno de los hispanohablantes buscara su propia expresión sin llegar a rupturas empobrecedoras ni a distanciamientos en contra de la historia cultural común.

#### SOBRE LA ENSEÑANZA DE LA LITERATURA

En una conferencia que pronunció en 1930, Henríquez Ureña manifestaba su convencimiento de que *“el éxito del profesor [en los niveles académicos posteriores a la Primaria depende], en gran parte, del éxito previo del maestro”*<sup>39</sup>. Durante los cursos de la enseñanza básica la literatura suele vincularse, esencialmente, a las prácticas de lectura y de composición. Para este fin, una *“buena orientación literaria debería ser, pues, una de las condiciones del maestro”*<sup>40</sup>, ya que *“quien haya adquirido en las escuelas normales, o en los colegios nacionales, o en los liceos, o por propia cuenta, la buena orientación, estará en aptitud de acertar siempre. Buena orientación es la que nos permite distinguir calidades en las obras literarias, porque desde temprano tuvimos contacto con las cosas mejores. ¡Cuánta importancia tiene que el maestro sepa distinguir entre la genuina y la falsa literatura!”*<sup>41</sup>.

Pensaba, pues, el profesor dominicano que la literatura vale para orientar *“el gusto de los alumnos hacia las obras mejores del espíritu humano; por otra, enseñándole el manejo exacto de su idioma, educándole el don de expresarse; por otra parte, en fin, formando en él la costumbre de la buena lectura, que es uno de los principales caminos para mantenerse en contacto viviente con la cultura universal”*<sup>42</sup>.

Puesto que para Henríquez Ureña *“cada obra de arte es la revelación plena de una personalidad”*<sup>43</sup>, se requiere un acercamiento particular a la obra artística para captar de ese modo su esencia y enjuiciar su técnica. Y, para esto, nada

38. “El descontento y la promesa” (1926), en *Ensayos en busca de nuestra expresión*, p. 49.

39. *Pedro Henríquez Ureña*, pp. 152-153.

40. *Ibidem*, p. 153.

41. *Ibidem*.

42. *Pedro Henríquez Ureña*, “Aspectos de la enseñanza literaria en la Escuela Común”, p. 163.

43. *Pedro Henríquez Ureña*, *La enseñanza de la literatura*, p. 7.

mejor que una lectura paciente y una dedicación continuada a fin de hacerse con criterios de valoración personales y bien asentados. Esto supone que “*hay que acostumar al estudiante a leer mucho y hay que comprobar que lee*”<sup>44</sup>, pues “*enseñanza sin sanción es enseñanza inútil*”<sup>45</sup>. Asimismo “*hay que habituarlo a la lectura de obras difíciles allanándole la vía con explicaciones de orden histórico y lingüístico, pero también haciéndole comprender que nada de sólido y de duradero se alcanza sin trabajo*”<sup>46</sup>.

En definitiva, leer literatura resulta muy necesario para el desarrollo intelectual, pues “*sin el manejo frecuente de los grandes autores, no hay cultura literaria posible, ni doctrina estética seria. Y preferir a la comunicación directa con las obras, una seca enumeración de reglas “in vacuo”, o a lo sumo ilustradas con ejemplos de cinco líneas, es restar toda eficacia a la enseñanza*”<sup>47</sup>. Es esencial despertar en los niños el amor por la lectura de los buenos escritores, sin que esto signifique reducir la cultura de los estudiantes a la estrictamente literaria.

#### HENRÍQUEZ UREÑA PROFESOR

Pedro Henríquez Ureña estuvo siempre vinculado de alguna manera a la docencia, hasta el punto de que cabe afirmar que fue “*maestro por temperamento y por estirpe*”<sup>48</sup>. Primeramente se relacionó con ella a través de la labor impulsada por su madre, como directora del instituto femenino que estableció en su casa; más tarde por su dedicación como profesor de Secundaria y de Universidad, tanto en su país, Santo Domingo, como en México, Estados Unidos y Argentina; y, además, por las responsabilidades administrativas, políticas y editoriales que asumió a lo largo de su vida.

Recuérdese de otra parte que, con objeto de obtener su licenciatura en Leyes, Henríquez Ureña presentó una memoria acerca de la institución universitaria, a la que consagró muchos de sus afanes a lo largo de su vida: en México, en su Santo Domingo natal, en Estados Unidos y, finalmente, en la Argentina. Proclamó, junto con otros aspectos, que la universidad estaba “*destinada a la libre investigación (...) [y] a la aplicación práctica de la cultura*”<sup>49</sup>, y había de ser lugar de noble trabajo “*donde la tradición significara corriente, nunca rota pero nunca estancada, de doctrina y de esfuerzo*”<sup>50</sup>.

44. Pedro Henríquez Ureña, *Obra crítica*, p. 664.

45. Pedro Henríquez Ureña, *La enseñanza de la literatura*, p. 9.

46. Pedro Henríquez Ureña, p. 158.

47. Pedro Henríquez Ureña, *La enseñanza de la literatura*, pp. 7-8.

48. Andrés Avelino, “Pedro Henríquez Ureña filósofo y humanista”, en *Homenaje a Pedro Henríquez Ureña*, p. 115.

49. Pedro Henríquez Ureña, *Obras completas*, II, p. 323.

50. *Ibidem*, p. 346.

En el prólogo a una excelente selección de los escritos de Henríquez Ureña, el argentino Jorge Luis Borges decía: *“Maestro es quien enseña con el ejemplo una manera de tratar con las cosas, un estilo genérico de enfrentarse con el incesante y vario universo. La enseñanza dispone de muchos medios; la palabra directa no es más que uno. (...) De Pedro Henríquez Ureña sé que no era varón de muchas palabras. Su método, como el de todos los maestros genuinos, era indirecto. Bastaba su presencia para la discriminación y el rigor”*<sup>51</sup>. En efecto, en Henríquez Ureña interesaba tanto el magisterio de sus actividades de más relieve como el de aquellas otras pequeñas y cotidianas. De él dijo su amigo Alfonso Reyes que siempre estuvo *“sediento de educar y educarse”*<sup>52</sup> y que, como Sócrates, *“su conversación era una mayéutica constante”*<sup>53</sup>.

Sus enseñanzas académicas versaron sobre la lengua española, la literatura y la historia de la civilización española e hispanoamericana; y sobre literaturas europeas también. Pronunció conferencias, en español o en inglés, en universidades y otros centros de enseñanza, en instituciones culturales y recreativas. Y, además de estas materias del ámbito de las humanidades, a Henríquez Ureña le interesó la actividad didáctica en general desde los niveles básicos hasta la Universidad. Percibió con claridad cuánto importa que *“el niño, al iniciarse en el colegio, traiga siempre hábitos de trabajo; que desee acercarse a las cosas y comprenderlas mediante su propio esfuerzo”*<sup>54</sup>. Y en ese ejercicio hay que tener en cuenta el valor fundamental de la participación activa, ya que *“no entender algo significa más bien no estar acostumbrado a pensar en ello”*<sup>55</sup>.

Julio Jiménez Rueda nos cuenta, al recordar los años en que Henríquez Ureña enseñó en México: *“No era un brillante expositor(...), pero sí sabía encontrar la vocación de sus discípulos y la sabía encauzar”*<sup>56</sup>. El propio Henríquez Ureña confesó asimismo cómo en clase solía advertir a sus alumnos: *“Aquí aprenderá el que quiera aprender; mi tarea es ayudar, pero yo no puedo enseñar nada a quien no quiere aprender”*<sup>57</sup>.

Enrique Anderson Imbert, que lo conoció como profesor en el Colegio Nacional de La Plata (Argentina), lo retrata del siguiente modo: *“Tenía una rotunda voz de bajo, tenía unos ojos muy negros que sin esfuerzo lo veían todo, tenía una sonrisa irónica y dulce. (...) nos enseñó a vivir y a pensar, a oír música*

51. Pedro Henríquez Ureña, *Obra crítica*, p. VII.

52. “Encuentros con Pedro Henríquez Ureña”, *Revista Iberoamericana*, XXI, 1956, p. 55.

53. *Ibidem*.

54. *Pedro Henríquez Ureña*, “Aspectos de la enseñanza literaria en la Escuela Común”, p. 160.

55. Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, *Epistolario íntimo*, I, 1981, p. 31.

56. “Pedro Henríquez Ureña profesor en México”, *Revista Iberoamericana*, XXI, 1956, p. 135.

57. *Pedro Henríquez Ureña*, “Aspectos de la enseñanza literaria en la Escuela Común”, p. 160.

y a escribir cuentos, a leer los clásicos e informarnos de las ciencias (...), a conversar, a gustar de la pintura, a trabajar y apreciar el paisaje y la bondad. (...) Y lo que a nosotros nos asombraba era que tanto saber y tanta comprensión pudieran mostrarse así, sencillamente. Siempre estaba ocupado y sin embargo siempre nos acogía”<sup>58</sup>. Enseñó con entusiasmo, corrigiendo, guiando, alentando, “con energía pero sin destempe”<sup>59</sup>.

Otro alumno suyo en el colegio de Secundaria de La Plata fue el escritor Ernesto Sábato, el cual lo recuerda como un “hombre silencioso y aristócrata en cada uno de sus gestos”<sup>60</sup>, “con su silueta ligeramente encorvada y pensativa, su traje siempre oscuro y su sombrero siempre negro, con aquella sonrisa señorial y ya un poco melancólica”<sup>61</sup>. Era un profesor que corregía los ejercicios de sus estudiantes “con minuciosa paciencia y con invariable honestidad”<sup>62</sup> porque pensaba que, tal vez, entre aquellos jóvenes podía haber algún futuro escritor. Alentador del progreso y de la cultura, con una ironía atenuada con elegancia, trabajador “en permanente tensión mental, aunque lo disimulaba bajo una máscara anecdótica y risueña”<sup>63</sup>, representó esencialmente, para Sábato, “un espíritu de síntesis”<sup>64</sup>.

En definitiva, Henríquez Ureña fue testimonio vivo de que “la preparación y personalidad del maestro son factores decisivos y mucho más importantes que las técnicas pedagógicas”<sup>65</sup>.

---

58. Enrique Anderson Imbert, *Estudios sobre escritores de América*, Buenos Aires, Raigal, 1954, pp. 208-210.

59. Ernesto Sábato, *Art. cit.*, p. 14.

60. *Ibidem*, p. 12.

61. *Ibidem*, p. 13.

62. *Ibidem*.

63. *Ibidem*, p. 16.

64. *Ibidem*, p. 20.

65. Marcelino C. Peñuelas, “¿Qué es enseñar literatura?”, *Universidad de México*, XII, n.º 9, mayo 1958, p. 21.